

# La Capilla sIXtina

## LOS AMERICANOS Y PORTUGAL

El excelentísimo señor embajador de Estados Unidos en Lisboa, según parece, no ha intervenido para nada en el burdo golpe militar contra el gobierno revolucionario. ¿Quién es el insensato que puede aceptar participación norteamericana en un golpe tan mal organizado? Creo que la pregunta está mal planteada. Todos los golpes propiciados por los Estados Unidos desde que iniciaron su expansión imperial a costa de los mohicanos y los mejicanos han sido muy burdos, y en el fondo no han basado su eficacia en otra cosa que en la debilidad del antagonista. Desde el derrocamiento de Arbenz, en Guatemala, al de Allende, en Chile, el papel de los Estados Unidos ha consistido en sembrar confusión en el interior y el exterior del país asaltado, untar a los golpistas con moneda moneda o con moneda ideológica y esperar que los útiles idiotas hicieran el resto contra poderes débiles, minados en muchos casos por su propia convicción democrática, cuando no por sus remilgos a utilizar la fuerza defensiva de las masas contra cualquier intento de contrarrevolución.

En condiciones normales hubieran bastado cuatro bombas, cinco ráfagas de ametralladora y la utilización del mito Spínola para que Portugal hubiera caído en las manos de sus cosecheros. Pero es que las condiciones de Portugal no son normales: el ejército está decididamente por el cambio y el antifascismo, y la mejor y mayor parte de las masas es consciente de que una alianza íntima entre ejército y pueblo es inasaltable. En resúmenes cuentas, y perdonen la gravedad analítica que he adoptado hasta ahora, creo que lo ocurrido en Portugal fuerza a que Henry Kissinger revise sus computadores de la tercera generación, porque les falla algo en el proceso deductivo. Yo, en mi modestia, creía que Kissinger habría aprendido algo en Vietnam, a la vista de que

el imperialismo es impotente ante la resistencia encarnizada de un pueblo. Pero Kissinger es un fanático de su propio esquema lógico, y tal vez haya clausurado la experiencia de Vietnam como esa clásica excepción que, según decían las gramáticas escolares de nuestra infancia, confirmaba la regla.

A pesar de las impotencias lógicas de Mr. Kissinger, los portugueses han de ir con mucho cuidado. El nobelizado chapucero nombrado Secretario de Estado ha dicho muchas veces que para solucionar un problema primero hay que crearlo. Para solucionar el problema vietnamita, agudiza la manzanza y así justifica la aceleración de las negociaciones. Para resolver la crisis del Oriente Medio, lanza a árabes contra judíos en cuantas guerras sean necesarias, y así justifica la necesidad de la definitiva fase diplomática. Para zanjar el problema creado por la consolidación del gobierno de Unidad Popular en Chile, Kissinger financia toda clase de conflictos internos que creen una psicosis de ingobernabilidad que propicie el golpe militar al amparo de Washington, como el propio Washington ha implícitamente reconocido, saltándose a la torera ese "honor de soldado" por el que Pinochet juró a TVE que ninguna potencia extranjera había intervenido en el golpe chileno.

Y en Portugal, los chicos de Kissinger pretenden hacer una jugada semejante. No obstante, el Premio Nobel de la Paz deberá modificar algunos de sus supuestos previos, y entre ellos, tal vez el más importante, el más innovador, el más alarmante para todos los mercados de contrarrevoluciones, sea el de que un Movimiento de Fuerzas Armadas puede muy bien adquirir un compromiso indestructible con el futuro, y no con un pasado en el que Portugal, para seguir colonizando, tuvo que dejarse colonizar la conciencia de sus oligarquías dominantes.

SIXTO CAMARA

## PORTUGAL

# CRONICA DE UN GOLPE FALLIDO

«O povo está con o MFA», «Soldado, amigo, o povo esta contigo». Un multitud se había concentrado a las puertas del Regimiento de Artillería Ligera núm. 1 de Sacavem, situado muy cerca del aeropuerto de Lisboa, a pocos kilómetros de la ciudad, en espera de poder desfilar ante la capilla ardiente del soldado muerto en el bombardeo del Regimiento en la mañana del 11 de marzo. Cuando llegué al Regimiento, el ataúd de Joaquim Carvalho Luiz no había sido colocado aún sobre el catafalco que había a la entrada de la Unidad de Mando, frente a la puerta del recinto. En el patio se alineaban los carros de combate con los soldados de pie o sentados sobre ellos, en una imagen que es ya familiar a la revolución portuguesa. A través del pequeño muro que cierra el Regimiento, la gente hablaba con los soldados o gritaba rítmicamente los «slogans» alusivos a la unidad entre el pueblo y las Fuerzas Armadas. Había muchas pancartas pidiendo que se hiciera justicia contra los responsables de la intenciona fascista.

Entré en Portugal en la madrugada del 11 al 12. Habiendo tenido noticia en Madrid de que el aeropuerto de Lisboa había sido cerrado y suspendidos los vuelos entre ambas ciudades, me decidí a hacer el viaje en coche. Cuando a las ocho de la tarde llegué a la frontera de Caya, junto a Badajoz, las autoridades portuguesas habían ordenado su cierre. Un numeroso grupo de periodistas estaba esperando que el oficial del Ejército destacado en la frontera hablara con Lisboa. Volvió al cabo de algo más de una hora diciendo que la decisión se había aplazado para el día siguiente. Después, ya de madrugada, la Embajada portuguesa en Madrid hizo gestiones telefónicas ante la Presidencia de la República y se ordenó que se permitiera el paso de los correspondientes. El cónsul de Portugal en Badajoz nos acompañó personalmente a la frontera y, aunque ésta cierra normalmente a las doce de la noche y eran ya las dos de la madrugada, las autoridades españolas no pusieron inconveniente alguno en facilitarnos también el paso.

Cuento todo esto para explicar el

clima que nos encontramos ya en el interior de Portugal aquella madrugada. Entre Elvas y Lisboa tuvimos que pasar unos quince controles establecidos en la carretera. Los piquetes populares habían prestado desde el primer momento su colaboración a las Fuerzas Armadas en la vigilancia impuesta en el país para impedir que se extendiera el intento contrarrevolucionario. Registraban minuciosamente los automóviles, invitaban a los ocupantes a identificarse, todo siempre con gran cortesía que muy a menudo llegaba a la cordialidad. Los piquetes estaban formados en su mayoría por gente de los pueblos que hay a lo largo de la carretera: Elvas, Estremoz, Arraiolos, Montemor o Novo, Vendas Novas, Pegoes... Había también entre ellos, en algunos de los controles, uno o dos guardiñas de la Guardia Nacional Republicana o algún soldado. Los populares iban armados con escopetas de caza o con palos. El viaje fue largo (en ocasiones, después de realizarse el control, nos quedábamos hablando de política con la gente). Me ha quedado en la retina la imagen de campesinos y obreros —había entre ellos a veces también mujeres— envueltos en las mantas de color pardo, esgrimiendo sus improvisadas armas o calentándose junto a las grandes hogueras encendidas al borde de la carretera. Nos sorprendió, en cambio, al llegar a Lisboa, la total ausencia de soldados o de piquetes populares. La ciudad tenía un aspecto totalmente normal a aquella hora de la madrugada. El único signo de lo que había ocurrido era que el asfalto de las calles estaba totalmente cubierto de octavillas y hojas de comunicados por medio de las que los partidos habían convocado una enorme manifestación en apoyo de las Fuerzas Armadas.

Durante la visita al Regimiento de Artillería Ligera núm. 1, por la mañana, pude ver detenidamente los estragos causados por el ataque aéreo desencadenado por los spínolistas durante la mañana del día anterior. El ataque se produjo exactamente a las 11,52, cuando los oficiales estaban a punto de llamar a la tropa a formación. «La formación se retrasó unos minutos», me